

POESIAS RELIGIOSAS

I. — INGRATITUD

SONETO

¡Oh! cuántas veces, Huesped soberano,
Llamaste por las noches a mi puerta,
Y aunque el placer la tuvo siempre abierta,
Tú siempre, dulce Bien, llamaste en vano!

¡Oh! cuántas veces te dejé, inhumano,
De las estrellas a la lumbre incierta,
Expuesto al frío de la escarcha yerta,
Y para abrirte, ni alargué la mano!

—Abreme,—me decías,— que el rocío
Mi cabeza ha mojado y cruda nieve
De mis cabellos empapados mana:

Abreme presto, porque tengo frío;
—Y yo siempre, mi Bien, te dije, aleve:
—Vuelve, Señor, y te abriré mañana.



II. — SE FUÉ JESÚS

SONETO

Señor, ¿por qué tu amor así me deja?
Mira que me has causado dolor tanto,
Que de mis ojos no se aparta el llanto
Ni de mis penas la ocasión se aleja.

Sólo atento a mi mal, sólo a mi queja,
Morir he visto cuanto fué mi encanto:
Hasta muertas he visto con espanto
Las blancas madreselvas de mi reja.

Deshojaron sus flores los rosales;
Las ramas más floridas de mi huerto
Las desgajaron fríos vendavales,

Que hicieron de un edén triste desierto;
La vid murió, murieron los frutales:
¡Todo a mi alrededor, Señor, ha muerto!



III. — INVITACIÓN

SONETO

Si tú, Señor, tan generoso fueras,
Que, perdonando agravios que te he hecho,
Vinieras a morar bajo mi techo
Y los brazos de amigo me tendieras;

Si tú, divino Sol, aparecieras
Por el oriente triste de mi pecho,
Y a este abismo sin fondo, oscuro, estrecho,
Del corazón ingrato descendieras;

Yo sé, Señor, que el páramo inclemente
De mi vida infecunda, se mudara
En campo ameno y en edén riente;

Yo sé que al punto el hielo se trocara
De este corazón mío en fuego ardiente
Y su noche en aurora hermosa y clara.



IV. — DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

SONETO

¡Qué bien se está, Señor, en tu costado,
Gozando sin zozobra y sin testigo
De todos los secretos del amigo,
Divino pecho del Amor llagado!

Mas ya la hora dices que ha llegado
De caminar y de no estar conmigo:
En cambio, yo quisiera estar contigo,
Para nunca apartarme de tu lado.

Yo en tu lugar, Señor, descansaría
Mientras pasa la noche y amanece,
Y luego mi camino emprendería.

Hazlo, Señor, y mira que atardece,
Mira, Señor, que ya agoniza el día,
Y asoman las estrellas y anochece.



V. — ANTES DE MORIR

A NUESTRA SEÑORA

Pues fué tu nombre el que formó primero
Mi voz de niño, Celestial Señora,
Y en él se cifra cuanto el alma adora,
Y en él se suma cuanto pienso y quiero;

Cercano el trance temeroso y fiero
Que adusta marca la postrera hora,
Esto mi fe de tu poder implora,
Este favor de tu poder espero:

Que así que venga la callada muerte,
Y el filo cruel de la segur prepare,
Y eterno abismo ante mis ojos vea,

Como una prenda de dichosa suerte,
Que tu cariño maternal me ampare,
Mi último aliento que tu *nombre* sea.



VI.—LA MADRE DE LOS PECADORES

Las cítaras de oro,
Con armonioso son, muy acordadas,
Las canciones sagradas,
En concierto sonoro,
Acompañaban del celeste coro;
 Cuando el éter surcando
El ángel mensajero de la muerte,
A los orbes advierte,
Que el Dios-Hombre, expirando,
A la tierra y los cielos está hablando.
 La celeste armonía
Enmudece, los astros peregrinos
Olvidan sus caminos,
Calla la tierra impía,
Suspéndese la noche, escucha el día.
 Y Dios, a quien ya hiere
El dardo que afiló el primer pecado,
De sí mismo olvidado,
Y olvidando que muere
Por aquel que ni Dios ni rey lo quiere;
 A su Madre, qué llora
Junto a la cruz, le dice: — Pues que mnero,
Una manda yo quiero,
En esta triste hora,
Confiar sólo a ti, Madre y señora:
 Que en la memoria fijos
Tengas a los que ingratos me enclavaron
A los que me causaron
Tormentos tan prolijos;
Porque esos, Madre mía, son tus hijos.

VII. — A NUESTRA SEÑORA

(PLEGARIA)

Virgen, del mar Estrella,
Guía del peregrino navegante,
Que a los fulgores de tu lumbre bella
La proa enfila hacia el ansiado puerto,
A ti miro anhelante,
Buscando el rumbo y el camino cierto
De este pobre bajel, que a merced corre
De recia tempestad; Madre, socorre
Socorre presurosa
Mi pobre navecilla,
Y muéstrale piadosa
El puerto deseado
En donde está la suspirada orilla
En que descansa el corazón cansado.
Muéstrame, Madre buena,
Con esa luz serena,
El término feliz de mi deseo:
Son ya tantas las olas que me asaltan,
Y tan cerrados noche y cielo veo,
Que ya las fuerzas y el valor me faltan.
Virgen, preclara fuente
De purísimas aguas, que llevando
El movible caudal, dulce y clemente,
Al páramo sin vida de este mundo,
Lo fué luego trocando
En encantado suelo, tan fecundo,
Que sus petrosos y hórridos desiertos
Viéronse edenes y floridos huertos;

Desfallecido voy
Siguiendo mi sendero,
Y tan sediento estoy,
Dulce Señora mía,
Que de espantosa sed ardiente muero.
Lleva a mis labios la corriente fría
De esos puros cristales
De eternos manantiales,
Con que los prados celestiales bañas;
Y que en sus linfas apagado sienta
El fuego que consume mis entrañas
Y la rabiosa sed que me atormenta.
Virgen, huerto cerrado
En cuyas cercas no reinó la muerte,
Ni el venenoso aliento del pecado
Jamás vició ni marchitó sus flores;
La adversa, dura suerte,
Por sendas escarpadas de dolores,
Por caminos y trochas bordeadas
De abismos, torrenteras y quebradas,
Me desvió, y perdido,
Di en secos arenales,
Donde víctima he sido,
Por incontables años,
De hambre insaciable y de infinitos males.
Frutos secos de crueles desengaños
Fueron mi pan, Señora:
No me cierres ahora
Del bello paraíso que a Dios plugo
Plantar en ti, la encantadora puerta;
Y mi hambre sacien, con su dulce jugo,
Los frutos regalados de tu huerta.
Virgen, Ciudad divina,
Patria del mismo que elevó tus muros,
Mansión de paz de aquel que peregrina
Por senda incierta de peligros llena,
Y por los inseguros
Pasos de esta mortal ciudad terrena.

Arrastrando cadenas de cautivo,
Junto a tus puertas llego, fugitivo
De mil crueles tiranos,
Que apretaron los hierros
Que labraron las manos
De mis pasiones locas,
Verdugos crueles de mis propios yerros.
Mira, Señora, que mis fuerzas pocas
Apenas me sostienen,
Mira que tras mí vienen
Aquellos enemigos adversarios,
Que quieren otra vez hacerme suyo.
No consientas que venzan mis contrarios:
¡Abreme, Ciudad santa, y hazme tuyo!
Estrella, Fuente clara,
Delicioso Jardín, Ciudad divina,
Con tu poder ampara
Al pobre pecador, que peregrina
Errante, sin descanso, sin sosiego.
Dale ahora paz, Señora; el cielo luego.

JOSÉ MORENO MALDONADO.

